

aquella figura, lo hacía á escondidas y sin que nadie lo advirtiera.

## CAPÍTULO XXVII

### MÁS BAJO, SIEMPRE MÁS BAJO

Luisa bajaba por la gran escalera, sin volver los ojos; yendo directamente y sin dilación, como un peso en aguas profundas, hacia el abismo oscuro que abajo la aguardaba.

Enterado el Sr. Gradgrind del fallecimiento de su esposa, había salido de Londres y la había enterrado, como es de rigor en un hombre práctico. Después se dió prisa en volver á su montón de ceniza nacional y púsose nuevamente á pasarla por el cedazo, con el objeto de descubrir lo que buscaba en ella y lanzar el polvo á los que buscaban otra cosa. En una palabra, volvió á hacerse cargo de sus funciones parlamentarias.

Sin embargo, no descansaba la Sra. Sparsit un punto en su vigilancia asidua. Aunque separada de su escalera, durante la semana, por el trayecto de ferrocarril que unía la casa de campo á Cokeville, no dejaba de observar con atención los movimientos todos de Luisa, como una gata en acecho. El marido, el hermano,

el Sr. James Harthouse, el sobre de las cartas y de los paquetes, todo objeto animado ó inanimado que tuviera alguna relación con la escalera, le suministraba, sin saberlo, informes útiles. « Ya tiene V. el pie en el último peldaño, señorita, » dijo la Sra. Sparsit, increpando, con su mitón amenazador, á la mujer que descendía, según ella. « Por más que haga V., sus artificios no me deslumbrarán. »

No obstante, sea por efecto del arte, sea por efecto de la naturaleza, ó gracias al fondo primitivo del carácter de Luisa, ó merced á los sentimientos que las circunstancias le despertaran, lo cierto es que su extraña reserva desconcertaba á la Sra. Sparsit, estimulando su curiosidad. El propio James Harthouse no tenía á veces la seguridad de comprender al objeto constante de sus desvelos. A ratos nada podía leer en el rostro que estudiara con tal ahinco, y la joven solitaria se convertía para él en un misterio más impenetrable que las demás mujeres, rodeadas de satélites que las hacen disimular.

El Sr. Bounderby tuvo, sin embargo, que ausentarse tres ó cuatro días, por un asunto que reclamaba su presencia. Comunicó esta noticia á la Sra. Sparsit un viernes, en la casa de banca.



— Pero V. irá á mi casa, señora — añadió él. — Irá V. allí, como si yo estuviese. Que esté ó no esté allí, es lo mismo.

— Le ruego, señor, que no me diga eso — le dijo ella, con acento de reproche. — La ausencia de V. hará que note allí cierta diferencia, y espero que así lo entienda V.

— Pues tratará V., señora, de hacer caso omiso de ella, á pesar de mi ausencia — dijo el Sr. Bounderby, envanecido por aquella amistosa reconvención.

— Señor Bounderby — replicó la Sra. Sparsit. — Su voluntad para mí es ley. De lo contrario, no hubiera acatado sus amables órdenes, no estando muy segura de que la Srta. Gradgrind sienta el mismo placer que V., si acepto su hospitalidad generosa. Pero no debe V. añadir una palabra más, señor. Iré allí, ya que me lo pide.

— ¡ Carape! ¿ Supongo que, cuando la invito á mi casa, señora — dijo el Sr. Bounderby, abriendo los ojos demesuradamente — no necesita V. de otra invitación que la mía?

— No, en verdad, señor — contestó la Sra. Sparsit — Puede V. suponerlo. No hablemos más. Solo quisiera, señor, verle alegre como antes.

— ¿ Qué quiere V. decir, señora? — preguntó el Sr. Bounderby, con voz tempestuosa.

— Señor, en otro tiempo había en V. una elasticidad que deploro no advertir actualmente. Vamos, señor, hay que retroceder.

El Sr. Bounderby, al experimentar la influencia de esa recomendación, que acompañara la Sra. Sparsit con mirada compasiva, no supo hacer otra cosa que rascarse la cabeza con ridículo embarazo; solo después, al poco rato, vióse que quería retroceder á los buenos tiempos, asumiendo un aire insolente para con todas las personas á quienes se dirigiera aquella mañana.

— Bitzer — dijo la Sra. Sparsit aquella misma tarde, no bien el Sr. Bounderby se puso en camino y se cerró el banco, — vaya á saludar de mi parte al joven Tom, preguntándole si quiere subir, pues tendría gusto en comer con él una costilla de cordero y nueces y tomar un vaso de cerveza.

Estando siempre Tom dispuesto á aceptar una invitación de esa índole, dió una respuesta amable, á la que acompañó pronto su persona.

— Señor Tomás — dijo la Sra. Sparsit — he pensado que, al ver V. en la mesa este refrigerio, sentiria tentación.

— Gracias, señora Sparsit — dijo el mequetrefe. Y se puso á comer con aire sombrío.



— ¿Cómo sigue el Sr. Harthouse? — preguntó la Sra. Sparsit.

— ¡Oh! muy bien — dijo Tom.

— ¿Dónde piensa V. que debe estar ahora? — preguntó la Sra. Sparsit, después de encomendar al mequetrefe á las divinidades infernales, para que fuese más comunicativo.

— Ha ido á cazar en el Yorkshire — dijo Tom — Ayer envió á Luisa una banasta de caza, grande como la torre de San Pablo.

— Sólo con verle — dijo afablemente la Sra. Sparsit — se adivina que el Sr. Harthouse es un cazador muy diestro.

— En grado sumo — dijo Tom.

Desde su primera edad tenía Tom algo que perjudicaba á su mirada, y había aumentado en él este defecto de tal modo, recientemente, que no podía mirar á una persona en la cara durante tres segundos. Fácil y regocijadamente podía observar esto la Sra. Sparsit, si así lo quería.

— El Sr. Harthouse se ha captado mi simpatía — dijo la Sra. Sparsit — como se capta la de todos los que le conocen. ¿Podremos verle pronto, señor Tom?

— Sí, sí; le aguardo mañana — replicó el mequetrefe.

— ¡Ah! ¡Qué buena noticia me da! — exclamó la Sra. Sparsit, con acento meloso.

— Me ha dado cita para esta noche, aquí cerca, en el andén del ferrocarril — dijo Tom — y creo que comeremos juntos acto seguido. Tardará ocho ó diez días en venir á la casa de campo, pues tiene varios compromisos; esto es lo que me ha dicho. Á pesar de ello, no me extrañaría que se quedara aquí el domingo, y fuera á vernos allí.

— A propósito — dijo la Sra. Sparsit — ¿Se acordará V. de un encargo que deseo hacerle para su hermana, señor Tom?

— ¡Cáspita!... Trataré de acordarme — respondió el mequetrefe, con mal humor — con tal de que no sea largo.

— Sólo se trata de ofrecerle mis respetos — dijo la Sra. Sparsit — y advertirla de que temo no poder ir esta semana á aburrirla con mi presencia, pues estoy aún algo nerviosa, y prefiero quedarme aquí con mi tristeza.

— ¡Oh! Si no es más que eso — observó Tom — no será una desgracia que olvide el encargo, porque Luisa no piensa en V. probablemente hasta que la vé delante.

Después de pagar con tan amable cumplido la costilla de cordero de su huésped, se encerró el joven en un mutismo huraño, hasta que bebió toda su cerveza.

— Ah, señora Sparsit, es preciso que me marche — y se largó.



El día siguiente, sábado, la Sra. Sparsit lo pasó en la ventana, contemplando como iban y venían los parroquianos, siguiendo con la mirada á los carteros, hasta darse cuenta del tránsito general de la calle, revolviendo muchas cosas en su cabeza, pero sin perder de vista, especialmente, su escalera. Llegada la noche se puso el sombrero y el chal, y salió tranquilamente. Tenía, sin duda, sus razones para rondar furtivamente por la estación en que el viajero del Yorkshire debía apearse, y escogió su observatorio detrás de los pilares, en los rincones, ó detrás del vidrio de una sala de espera, antes que mostrarse ostensiblemente en el recinto.

Tom estaba allí, aguardando á que llegara el tren de marras. En éste no venía el Sr. Harthouse. Tom esperó á que se disolviera el gentío y se apaciguase el tumulto; después consultó el itinerario de trenes, para saber las horas de salida y llegada, pidiendo informes á los empleados de la estación. Luego se alejó poco á poco, paróse en la calle, miró á derecha é izquierda, se quitó el sombrero y se lo volvió á poner, bostezó, estiró los brazos, ofreciendo, en suma, todos los síntomas de mortal fastidio del que tiene que aguardar el tren siguiente, es decir, una hora y cuarenta minutos más.

— Este es un pretexto para deshacerse de él — dijo la Sra Sparsit, alejándose de la ventana del despacho en que se colocara últimamente para ver á Tom. — Harthouse está en este momento con su hermana.

Esto fué, para ella, un rayo de luz, y se lanzó acto seguido á aprovecharlo, sin perder minuto. Al otro extremo de la ciudad se hallaba la estación del ferrocarril que pasaba cerca de la casa de campo, por lo que la Sra. Sparsit disponía de poco tiempo y, además, el camino era difícil. Pero tomó con tanta rapidez un coche desocupado, bajó tan á prisa de él, sacó el dinero, tomó el billete y montó en un vagón tan aceleradamente, que se sintió arrastrada por los viaductos emplazados sobre las hulleras presentes y pasadas, cual si la hubiese arrebatado y la transportase una nube.

Durante el camino, vió delante de ella, inmóvil en el aire, su escalera y á la persona que bajaba por los peldaños. Era ello tan visible á los ojos negros de su espíritu como eran á los ojos negros de su cabeza clásica los hilos eléctricos; y no la perdió de vista un instante.

La noche, que era nebulosa y de otoño, entreabriendo sus párpados medio cerrados, vió como la Sra. Sparsit se escurría del vagón, como bajaba por la pequeña escalera del anden

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES  
BIBLIOTECA LINGÜÍSTICA Y LINGÜÍSTICA  
"ALFONSO RUIZ"  
1000. 1025 MONTREY, MEXICO



á la calle empedrada, atravesándola y entrando por una avenida verde, escondiéndose en una espesura de ramas y de hojas.

Al momento de cerrar cautelosamente una verja, la Sra. Sparsit oyó uno ó dos pájaros que velaban algo tarde y gorjeaban indolentemente; vió como pasaba un murciélago y volvía á pasar por encima de su cabeza, con vuelo perezoso, y escuchó el ruido quedo de sus pasos, que hollaban el polvo espeso, por el cual se andaba como por encima de terciopelo; y ello fué todo.

Se acercó á la casa, siempre escondida detrás de los arbustos, dió una vuelta por el exterior del edificio, examinando las ventanas del piso bajo, á través de las hojas. La mayor parte de las ventanas estaban abiertas (pues no es costumbre cerrarlas en tiempo tan caluroso); pero no se veía en ellas luz y todo estaba silencioso. Recorrió el jardín sin resultado. Pensó en el bosque y se dirigió á él con paso furtivo, sin preocuparse de las hierbas altas ni de los espinos, de los gusanos ni de los babosas, de los caracoles ni de los demás insectos. Avanzando con cautela y explorando con la nariz y los ojos, la Sra. Sparsit se introdujo poco á poco é ingeniosamente por los espesos zarzales, que hollaba con sus pies; y estaba tan absorta en el

objeto de su preocupación, que hubiera andado con la misma bravura, aunque el bosque hubiese estado poblado de víboras.

¡Silencio!

Era tan brillante y vivo en la sombra el resplandor de los ojos de la Sra. Sparsit, que los pajarillos, fascinados por él, hubieran podido caer de sus nidos al suelo.

Por allí cerca hablaban en voz baja. Eran Luisa y James Harthouse. ¡Ah! ¡Ah! ¿Ven Vds. como la cita dada á Tom era un pretexto para desembarazarse de él? Allí estaban los dos, junto al árbol derribado.

La Sra. Sparsit achicóse tanto como pudo, al objeto de que no la viesen en la alta hierba, húmeda por el rocío, y se acercó un poco hacia ellos. Volvió luego á levantarse y permaneció detrás de un árbol, como Robinson Crusoe al tender una emboscada á los salvajes. Hallábase tan cerca de ellos que, sólo dando un paso, los hubiera tocado. Harthouse estaba allí de incógnito; no se había presentado en la casa. Llegó con su caballo, que ató en una pradera, al otro lado del cercado, y tuvo que andar á pie por los campos vecinos.

— Querido amor mío ¿cómo quería que obrase? Sabía que estaba V. sola, y no he podido permanecer lejos de su presencia.



— Baja la cabeza tanto como quieras — pensó la Sra. Sparsit, — para darte un aire más seductor; nada maravilloso veo en tu semblante, cuando lo muestras. Pero no sospechas, de todos modos, *querido amor mio*, los ojos que tienes fijos en ti.

En efecto, bajó Luisa la cabeza. Le rogó encarecidamente que se marchase, se lo ordenó, pero sin volver de su lado la cabeza y sin levantarla. Cosa notable era, sin embargo, que la señora escondida jamás hubiese visto á Luisa tan tranquila y serena como en aquel instante. Tenía las manos encima una de otra, como las de una estatua, y no se advertía turbación alguna en su voz.

— Querida hija mía — murmuraba el Sr. Harthouse (y la Sra. Sparsit quedó sorprendida, al ver como su brazo rodeaba la cintura de Luisa) — ¿no permite V. que me quede algunos instantes á su lado?

— No aquí.

— Dígame dónde, Luisa.

— No aquí.

— ¡Disponemos de poco tiempo y vengo de tan lejos! Ya ve V. mi sacrificio y mi desesperación. Jamás se vió esclavo alguno peor maltratado por su dueña. Después de anhelar una acogida calurosa, que me devolviera á la vida,

verme ahora recibido con la frialdad de antaño, crea V. que me destroza el corazón.

— ¿Cuántas veces he de repetirle que quiero permanecer sola?

— Pero preciso es que nos veamos, querida Luisa. ¿Dónde nos veremos?

Ambos temblaron. También tembló la espía, como una culpable, creyendo que habia otro detrás de ella. Era el chasquido de la lluvia, que empezaba á caer en grandes gotas.

— ¿Quiere V. que vuelva con el caballo y me presente en su casa, suponiendo, y será fútil suposición, que su dueño está en ella y me reciba con alborozo?

— ¡No!

— Sus órdenes crueles se ejecutarán al pie de la letra, aunque deba yo considerarme como el hombre más desgraciado. He sido insensible al encanto de las demás mujeres ¡y ahora me veo subyugado y pisoteado por la más bella, amable é imperiosa! Querida Luisa, no puedo marcharme y abandonarla, en tanto abuse V. por tal modo de su poder.

La Sra. Sparsit le vió como retenía á Luisa, con el brazo que rodeaba su cintura, y oyó al mismo tiempo, sin perder una sílaba, que él la declaraba su adoración, diciéndola que ella constituía la única prenda por la que todo lo



arriesgaba, hasta su vida. Nada era, comparado con su amor, el deseo más vehemente que abrigara; por ella rechazaba, como vil interés, el triunfo electoral que tenía casi en la mano. Sólo se ocuparía de él, si contribuía á acercarle á ella; pero lo rehusaba, si tenía que alejarse; se ofrecía á huir con ella, adonde quisiera, y allí rodear su amor de misterio, si así lo deseaba; se sometía al destino que la impusiera, cualesquiera que fuese. Todo le era igual, mientras ella se entregara al hombre que comprendía su desprendimiento y su sacrificio, al hombre á quien inspirara, desde el primer día, una admiración y un interés que no creía poder sentir de nuevo, al hombre que alcanzara su confianza, mereciéndola por su sacrificio y su pasión.

La Sra. Sparsit recogió todas estas palabras dichas y oídas apresuradamente, en medio del alborozo de su malicia satisfecha, del temor de que la descubriesen y del ruido creciente de la pesada lluvia, que caía sobre las hojas, anunciando la tormenta que se avecinaba. Todas las recogió la Sra. Sparsit, aunque rodeadas por tal niebla de confusión, que la espía, mal informada, al escalar el Sr. Harthouse la pared del cercado y llevarse el caballo, no estaba cierta del lugar en que se reunirían los dos amantes

ni de la hora exacta. Sabía, no obstante, que se habían dado cita para aquella noche.

Quedó uno de ellos cerca de la Sra. Sparsit, en medio de la oscuridad; y mientras pudiera seguir los pasos de Luisa, no temía equivocarse.

— *Oh, querido amor mío* — pensó la Sra. Sparsit — no sospechas la escolta que llevas.

La Sra. Sparsit vió como Luisa salía del bosque y entraba en la casa. ¿Qué hacer? La lluvia se había convertido en un verdadero chubasco. Las medias blancas de la Sra. Sparsit cobraron tintas de diversos colores, entre las que sobresalía el verde; llevaba espinas en los zapatos: balanceábanse orugas en su vestido; por su sombrero y su nariz se deslizaban y gotaban riachuelos. Ello no fué obstáculo para que la Sra. Sparsit se escondiera detrás de unos arbustos, con el fin de reflexionar lo que tenía que hacer en aquel instante.

Pero ¿no sale ahora Luisa de su casa? ¿Ha tenido apenas tiempo de tomar el manto y cubrirse con él, y ya se aleja? ¡Va á unirse con su amante! Su pie deja ya el último pedazo de la escalera... y miradla como cae en el abismo.

Andando, á pesar de la lluvia, con paso rápido y firme, se alejó de la gran avenida y



tomó un camino paralelo. La Sra. Sparsit la seguía en la sombra de los árboles, aunque á corta distancia. Temía perderla de vista, por el paso con que andaba en medio de la oscuridad.

Al pararse Luisa á cerrar en silencio la pequeña verja, la Sra. Sparsit también se detuvo. En su marcha Luisa anduvo por el camino que tomara la Sra. Sparsit, al venir. Salió de la verde avenida y atravesó la carretera pedregosa, subiendo por la escalera de madera que conducía al ferrocarril. La Sra. Sparsit sabía que no tardaría en pasar el tren para Cokeville, por lo que pensó que esta ciudad sería su primera etapa.

Dado el estado perdido y chorreante de su ropa, no se exigían grandes precauciones para que no conociesen á la Sra. Sparsit; pero se detuvo en un rincón de la estación, que formaba penumbra, arrugando allí y cambiando los pliegues de su chal, que colocó encima de su sombrero. Disfrazada de este modo, pudo subir por la escalera y tomar su billete en la taquilla, sin temor de que la reconocieran. Luisa se había sentado en un rincón, esperando que llegara del tren, y la Sra. Sparsit aguardó en otro. Ambas escucharon el trueno, que retumbaba con violencia, y la

lluvia que caía por el techo ó fustigaba el parapeto de los arcos. Las lámparas, apagadas casi todas, permitíanles contemplar el relámpago en su fulgor, cuando éste temblaba en zizás por los carriles.

La estación fué presa al poco rato de una sacudida y no tardó en palpar como un corazón enfermo : era el tren que llegaba : fuego, vapor, luz roja, silbido formidable, gran ruido, son de una campana, grito de advertencia, Luisa colocada en un vagón y la Sra. Sparsit en otro : la estación pequeña aparecía como un punto desierto y extraviado en medio de la tormenta.

Por más que el frío y la humedad hicieran rechinar los dientes de la Sra. Sparsit, no por ello dejaba ésta de sentir alegría profunda en su corazón. Luisa se había precipitado al fondo del abismo, y la buena señora creía que velaba su cadáver. Después de desplegar tanta actividad para la pompa fúnebre, ¿ cómo no había ella de sentir alegría en su corazón ?

— Llegará á Cokeville antes que él — pensaba la Sra. Sparsit — por más que galope á prisa el caballo de nuestro amador. ¿ Dónde lo aguardará ella ? Y luego ¿ hacia qué punto se dirigirán ? Paciencia. Ya veremos.

La lluvia era tan torrencial, que fué causa de



mucha confusión, no bien el tren llegó al punto de destino. Se habían reventado muchos canalones, se habían obstruido las cloacas y las calles estaban inundadas. Así que puso el pie en el suelo, la Sra. Sparsit dirigió una mirada desesperada al sitio de los coches, que aguardaban á los viajeros y que éstos se disputaban en desórden.

— Subirá en un coche — dijo ella — y desaparecerá antes de que tenga tiempo de seguirla en otro. Aunque me aplasten, quiero ver el número y oír la dirección que dé al cochero.

Pero la Sra. Sparsit se equivocó en sus cálculos. Luísa no tomó coche alguno. Se marchó á pie. Los ojos negros, que escudriñaban el vagón en que ella viajara, no fueron bastante listos y se quedaron rezagados. Al cabo de algunos minutos, viendo que no se abría la portezuela, la Sra. Sparsit pasó y volvió á pasar por delante del vagón, acabando por mirar en el interior, que estaba desocupado. Cátenla ahora mojada hasta los huesos, con los pies haciendo á cada paso flie-flac en sus botas, con una capa de lluvia en su clásico semblante, con el sombrero arrugado lo mismo que un higo, con todas sus prendas deterioradas; y por detrás, en toda la extensión de su persona de noble estirpe, se hubiera podido contar, en los señales que había

en su ropa mojada, cada botón, cada lazo y cada broche de su vestido; todo ello adornado, de aquí y de allá, por aquel musgo verdoso que se cría en el antemural de un viejo parque, en una avenida descuidada. La Sra. Sparsit, en pago de todo lo que sufriera, no tuvo otro remedio que verter un torrente de amargas lágrimas, exclamando:

— ¡ La he perdido !

## CAPITULO XXVIII

### EL TUMBO

Los basureros del taller nacional, después de divertirse unos y otros, entregándose á una serie de reñinas bulliciosas, se dispersaron por algún tiempo y el señor Gradgrind fué á pasar las vacaciones en su casa.

Se disponía éste á escribir en su habitación, adornada con el reloj lúgubrementemente estadístico, para demostrar indudablemente algo. Tal vez quería demostrar que el buen Samaritano era un economista detestable. El ruido de la lluvia no le distraía en gran manera; pero solicitaba algo su atención, pues alzaba de tiempo en tiempo la cabeza, como para amonestar á los elementos.